

DOI: <https://doi.org/10.36592/opiniaofilosofica.v15n1.1170>

Emergencia decolonial del sujeto: tensión ontológica frente a la realidad opresiva contemporánea

Decolonial emergence of the subject: ontological tension in the face of a oppressive reality

Juan Carlos Ramírez Sierra

Doctor en Ciencias Filosóficas - Universidad Central Marta Abreu de Las Villas.
Casa de Altos. Investiga sobre filosofía política en América Latina y es experto en políticas públicas.

E-mail: jcramgoeiza@gmail.com | Orcid: <https://orcid.org/0000-0001-6550-1357>

Resumen

Este artículo centra su análisis en el sujeto. Focaliza dos posturas teórico-cosmovisivas de la contemporaneidad que se estructuran desde diferentes perspectivas como negaciones ideológicas, en tanto hidra contemporánea, de la condición de sujeto. De modo tal que contribuyen con su disolución en el campo político reduciendo su potencialidad conflictiva frente al sistema del capital. El objetivo del trabajo se ubica en analizar el modo específico en que Alejandro Serrano Caldera, filósofo nicaragüense, construye una crítica filosófica que le permite trascender dos posicionamientos contemporáneos hegemónicos en torno al sujeto que devienen metafísicas opresivas por su carácter conservador. El enjuiciamiento radical a estas posturas europeas define la base teórica para una teoría decolonial del sujeto. Asimilar y reconstruir la posibilidad y realidad del sujeto, en tanto despliegue humano en su diversidad esencial constitutiva ante las estructuras cosificadoras de poder, evidencia la necesidad de ampliar las herramientas y perspectivas teóricas con que ha sido conformada una racionalidad impuesta sobre el sujeto en la realidad latinoamericana. El artículo se desarrolla a partir de una metodología cualitativa enfocada en el estudio de la filosofía política en América Latina. Utiliza como fundamento crítico los métodos histórico-lógico y el análisis-síntesis orientados a la constitución de una perspectiva decolonial en torno al sujeto. El análisis desarrollado asume que la gran estructura en la que deviene el sistema institucional contemporáneo se instituye como una realidad que fractura y reduce el sujeto a un aditamento prescindible. El correlato teórico-cosmovisivo de las perspectivas hegemónicas contemporáneas tiende a cerrar el universo racional y crítico como imposibilidad de trascender el blindaje sistémico de estructuras que aprisionan. En este escenario, la forma en la que se ha establecido el proceso de la democracia, que se orienta hacia la totalidad de lo político, se fija como un tejido institucional que captura y cosifica al sujeto.

Palabras Claves: Sujeto; Democracia; Emancipación; Estructura.

Datos:

Recibido: 30/03/2024

Aprovado: 29/07/2024

Publicado: 25/09/2024

Abstract

This paper focuses its analysis on the subject. It focuses on two theoretical-cosmovisive positions of contemporaneity that are structured from different perspectives as ideological negations, as a contemporary hydra, of the condition of the subject. In such a way that they contribute to its dissolution in the political field, reducing its conflictive potentiality in the face of the capital system. The aim of this paper is to analyze the specific way in which Alejandro Serrano Caldera, Nicaraguan philosopher, constructs a philosophical critique that allows him to transcend two contemporary hegemonic positions on the subject that become oppressive metaphysics due to their conservative character. The radical prosecution of these European positions defines the theoretical basis for a decolonial theory of the subject. To assimilate and reconstruct the possibility and reality of the subject, as a human unfolding in its essential constitutive diversity in the face of the reifying structures of power, evidences the need to broaden the theoretical tools and perspectives with which a rationality imposed on the subject has been shaped in the Latin American reality. The paper is developed from a qualitative methodology focused on the study of political philosophy in Latin America. It uses as a critical foundation the historical-logical methods and the synthesis analysis oriented to the constitution of a decolonial perspective on the subject. The analysis developed assumes that the great structure in which the contemporary institutional system becomes is instituted as a reality that fractures and reduces the subject to a dispensable attachment. The theoretical-cosmovisational correlate of contemporary hegemonic perspectives tends to close the rational and critical universe as an impossibility to transcend the systemic armor of imprisoning structures. In this scenario, the way in which the process of democracy has been established, which is oriented towards the totality of the political, is fixed as an institutional fabric that captures and reifies the subject.

Keywords: Subject; Democracy; Emancipation; Structure.

Introducción

La historia del ser humano no es otra que la totalidad de sus prácticas en el devenir de múltiples itinerarios que conforman su despliegue existencial por hacerse sujeto. La producción cotidiana de su vida adquiere sentido en el proceso de asumir o negar, progresiva y sistemáticamente, los límites naturales e históricos que va encontrando y construyendo. La especificidad material de su condición de sujeto, como parte indisoluble –pero no inevitable- y expresión más elevada de su propia condición humana, se ubica en la posibilidad de advertir la fragilidad concreta –y susceptible inmanencia- de las estructuras históricas que lo aprisionan y encorsetan.

Sobre todo, cuando la prefiguración devela el nexo de dependencia de los límites y estrangulamientos que se establecen bajo el aspecto de normalidad institucional a su potencia viva de ser humano, debido al lugar que este ocupa en el entramado social y al amplio espectro de influencias que ejerce en la sostenibilidad del sistema. Es justamente en la emergencia, sumergida en el acontecimiento del esfuerzo por trascender tales límites, donde se apropia de una singularidad inalienable que lo constituye como un ser diferenciado. Justamente allí, en la diferencia, se gesta su condición propia. La lucha por hacerse, por reconocerse en su posición de sujeto resulta consecuencia histórica de una afirmación de sí que niega dialécticamente la realidad impuesta y opresiva, del rechazo al

sistema de relaciones que vacía y cosifica su ser. Pero la necesidad de ser, de vivir –y esta es una contradicción que subyace en lo humano- no implica indefectiblemente hacerse sujeto.

En este movimiento de saltos y resistencias, de acumulaciones y corrimientos que es su propia historia, el ser humano se erige frente a la totalidad de la que se ha desprendido como la parte del equilibrio dotada de entendimiento, capaz de sostener el mundo en el lenguaje, “con memoria para venerar y alimentar lo formado,” (POPOL VUH, 1979, p. 15). Tal desprendimiento lo conforma como el ser otro de la alteridad. El reconocimiento de sí, en tanto diferencia constituyente, exige la creación simbólica y material del mundo. Que es en estricto sentido la reproducción de su condición otra, a partir de los modos particulares mediante los cuales las comunidades se organizan y disponen como resultado de las interacciones con el medio en el que se encuentran y los accidentes históricos que van definiendo sus cursos.

Crear el mundo es organizarlo, definirlo, arrancarle la ausencia de sentido. Atravesarlo y asignarle modos de ser desde la subjetividad en un discurrir de prácticas colectivas donde se humanizan las circunstancias para la vida social. Es originar las formas de la realidad más allá de la existencia inmediata. El desarrollo ulterior de toda creación histórica se orienta, -bajo circunstancias específicas de sedimentación civilizatoria, elevada densidad poblacional, de acumulación material, voluntad de ser y cierto despegue de las relaciones de trabajo-, hacia la substanciación de formas de espiritualidad que contribuyen con la aproximación de lo humano a su plenitud. Conforme a la necesidad de superar la hostilidad conmensurable de la naturaleza, que lo ubica despojado de todo, entre las consistencias más efímeras y debiles de cuanto existe, el ser humano crea estructuras históricas que sirven de amparo material. Establece coberturas que asumen en su evolución el significado de tejidos culturales y devienen inherentes, diferenciadoras.

Entre las reelaboraciones culturales más extraordinarias –aun inacabada- de la modernidad noroccidental, se encuentra la democracia. Aunque originada en el *campo político* (DUSSEL, 2011, p. 104), su alcance integra y funge como dinámica de articulación del plexo social en su totalidad. Con justa razón se ha asumido a la democracia como uno de los *insustituibles soportes sobre los que nuestra civilización descansa* (RODÓ, 2015, p. 53). Bajo su diseño moderno capitalista, –generalmente teorizada en la antigüedad griega en tanto forma de gobierno residual, degenerada o *desviada* (ARISTÓTELES, 1976, p. 68) –, aparece como una estructura que se va haciendo cada vez omnipresente por medio de la cual las sociedades gestionarán de forma general su seguridad, la arquitectura de sus órdenes institucionales, la estabilidad del poder y sus libertades públicas, constituyéndose en estos los hemisferios fundamentales de la democracia.

Ahora bien, tal y como el trabajador moderno, en el campo económico, se encuentra despojado de los medios esenciales para producir y reproducir su existencia y tiene que vender su fuerza viva como mercancía para sobrevivir, en el político bajo la identidad formal –aparentemente homogénea- del ciudadano, transfiere hacia el representante su voluntad. Con ello se desnuda significativamente de su capacidad de control inmediato del poder instituido y de la posibilidad de incidir sobre las decisiones que le afectan. El estar siendo ciudadano, por medio de la representatividad, sobre todo cuando esta se

engrosa y es llevada a una expresión casi absoluta que invade todo el tejido de lo político, implica un permanente des-hacerse de la fuerza política que el individuo posee y por medio de la cual forma parte activa de la comunidad.

[...] la usurpación de la soberanía social por parte de la “república de las mercancías” y su “dictadura” capitalista no puede ser pensada como el resultado de un acto fechado de expropiación de un objeto o una cualidad perteneciente a un sujeto, y por tanto como estado de parálisis o anulación definitiva (mientras no suene la hora mesiánica de la revolución) de la politicidad social. Tal usurpación es un acontecer permanente en la sociedad capitalista; es un proceso constante en el que la mixtificación de la voluntad política sólo puede tener lugar de manera parasitaria y simultánea a la propia formación de esa voluntad. (ECHEVERRÍA, 2011, p. 98).

La estructura democrática acontece entonces, en tanto sublimación idolátrica de la política, como una red de procesos, procedimientos, instituciones, normas, dinámicas y costos, exteriores y relativamente extraños al ser humano. Totalidad ajena que se alimenta y afirma mientras cosifica la posibilidad ciudadana de hacerse sujeto, el cual deviene en la sociedad contemporánea objetividad política muerta. Y asumimos como objetividad muerta a toda fisura de la existencia constituida en sentidos, prácticas y estructuras que en su factualidad inmediata vacían y distorsionan la forma en que asimilamos la realidad, constituyéndonos en aditamentos sin referencia precisa de sí, haciendo prescindible la propia condición humana.

Más aún, que emergidas de la propia producción de la vida obstaculizan su necesario proceso de humanización y se despliegan como angustia, frustración, desesperación, apatía, paralización, inseguridad, incertidumbre, disociación y miedo. *“Actualmente el hombre no sufre tanto por la pobreza como por el hecho de haberse tornado un engranaje dentro de una máquina inmensa, de haberse transformado en un autómatas, de haber vaciado su vida y haberle hecho perder todo su sentido* (FROMM, 1957, p. 295). Ciertamente, el teórico de la escuela crítica alemana se refería al hombre no periférico situado en los centros noroccidentales, como una buena parte de los teóricos europeos que no logran ver el mundo desde otra perspectiva que la definida como universal por el mismo desarrollo de su capitalismo.

Superar esta estructuración de la realidad, que se presenta como única, posible y aparentemente inobjetable, implica subvertir gradual y completamente el sentido de los referentes hegemónicos, tenidos como válidos y únicos, tanto en la lógica del discurso como en el movimiento dado en la misma raíz de los procesos y fenómenos políticos. Se trata de una aniquilación propia en la que el sujeto encuentre la posibilidad de traspasarse para ser. De despojarse de la materialidad asignada –que lo conforma y agota- en tanto positividad confortable, frente al establecimiento del orden sociometabólico como un acontecer natural o una creación instrumental que le es inherente, incluso necesaria. Esta aniquilación no es más que una deconstrucción dialéctica de las instituciones democráticas a partir de la crítica profunda y de la incorporación de imaginarios y

prácticas desalienadoras que conformen otra reproducción alternativa de la subjetividad en torno a lo político. Es justamente hacia la totalidad conformada por el pueblo, el partido, las elecciones, el ciudadano y el voto, en cuanto a entidades referenciales que cooptan, capturan, limitan y distorsionan el sentido existencial – y el ideal – de la democracia moderna, hacia donde debe dirigirse el escalpelo aniquilador de lo humano para reconstituir una existencia política y corporal sin mutilaciones.

No existe, por ejemplo, institución discursiva y substantiva más vilipendiada, sujeta a manipulación, excluyente, líquida, transfigurada, ideológicamente exportable y casi inconmensurable en su extensión, -con ribetes que pueden presumirse de ahistóricos- que la concebida en la entidad de pueblo.

Un universal abstracto utilizado sin excepción en todo tipo de política que en la modernidad ha servido para definir *la parte suplementaria en relación a cualquiera de las partes contables de la población que hace posible identificar la cuenta de los incontados con la totalidad de la comunidad* (RANCIÈRE, 2015, p. 74). Incluso el pensamiento más crítico en cualquier parte del orbe, reproduce con parsimonia insospechada la utilización de la categoría pueblo sin advertir todo el andamiaje teórico, práctico y de sentido común que alberga como un código que subtrae, más por abultamiento y ambigüedad que por precisión, alcance y objetividad, los hilos significativos del ideal democrático. Justamente allí, por el manejo indiferenciado, acrítico, y por la distorsión sistémica que provoca a nivel político pero que alcanza la totalidad del plexo social, se encuentra una de las causas fundamentales de la profunda erosión democrática que subyace a nivel global.

Sin embargo, la crítica no puede ser el camino de otro vaciamiento, de una forma alternativa que desmigaje las alternativas. Ante su condición de realidad intangible, el pueblo, que sólo se consume como una entidad discursiva y en consecuencia radicalmente inmaterial en su propia constitución no específica, la búsqueda de referentes exige el retorno a la raíz misma más allá del fenómeno, es decir, a la superficie donde se hace lo humano. En este sentido, y aunque el término sobrevive en la construcción de su pensamiento filosófico, Alejandro Serrano Caldera opta por un sistema referencial otro, más próximo a la realidad posible –y necesaria- de la democracia y a la historia que la constituye como alteridad estructural de sujetos proactivos.

La democracia, tanto en sus orígenes griegos como en los de la época moderna, se ha sustentado en la idea y práctica de la sociedad. [...] La tendencia del mundo contemporáneo es la de fortalecer la sociedad civil y favorecer su participación en la vida pública, a la vez que reducir el papel del Estado (sobre todo del gobierno) en las relaciones sociales y económicas. De acuerdo con esta concepción, el Estado deviene un simple facilitador o, a lo sumo, un regulador de la distribución del ingreso al considerar como propia la búsqueda de la equidad y la justicia social. (SERRANO, 2009a, p. 235-236).

Asumir el retorno a la sociedad, y en estricto sentido a la sociedad civil como sujeto de la democracia, en tanto emergencia no prescindible, implica un posicionamiento crítico

a las posturas tradicionales y hegemónicas que trasciende la porosidad y el desgaste significativos de las realidades democráticas. La distinción supone un descentramiento del ejercicio de la política como actividad estatal y estatalizada –pero no necesariamente anti estatal- que precede ilusoriamente y determina al sujeto. De lo que se trata en el fondo es de superar el reduccionismo de la lógica binaria de opuestos excluyentes e irreconciliables –no sólo de tipo liberal pues esta perspectiva encuentra eco en toda la producción espiritual moderna- que ubica al Estado y a la sociedad civil como entidades que se oponen y que se despliegan supuestamente a partir de una lucha por establecer una jerarquía de sentido contrario.

La alternativa que sostiene Alejandro Serrano Caldera es la de asumir como partes distintas pero indisolubles, y por tanto necesarias, tanto a la sociedad civil como al Estado. Pero el giro democrático de su perspectiva resitúa una nueva jerarquía analítica que busca establecer equilibrios que permitan restituir la condición humana en cada una de las circunstancias políticas y sociales de la realidad. Pues para Alejandro Serrano Caldera el fin último de la democracia no se encuentra en la estructura democrática misma, en la constitución jurídico-institucional del Estado, en la reproducción última de la sociedad civil o en otra abstracción universal posible del campo político.

Siempre y en todo caso, el fin último de la democracia y la política debe ser el de la recuperación del ser humano como sujeto moral [...] La lucha por la democracia, entonces, será una lucha política, social y jurídica, pero será sobre todo una lucha ética por la recuperación de la dignidad esencial del ser humano y de la sociedad en su conjunto. (SERRANO, 2009b, p. 332).

De este modo, democracia y sujeto, en tanto categorías que parten de la realidad objetiva, empíricamente diferenciables, se encuentran y atraviesan en el análisis filosófico político del intelectual nicaragüense. Más este encontrarse supone en la realidad un salto radical en la forma de concebir el proceso político asumido tradicionalmente como forma de gobierno o régimen político. Pues si su finalidad adquiere consistencia y límites en la necesidad de devolver –o reconstruir- a partir de la transformación profunda del contexto vital donde se encuentra el sujeto, su propia condición humana en torno a la dignidad que le es inalienable, entonces el marco de referencia para la democracia cambia. Este hecho obliga a situar una nueva arquitectura, axiológico-valorativa, jurídico-institucional y práctico-humanista que define la posibilidad de lo que puede asumirse, en lo conceptual y en lo empíricamente demostrable, como una democracia a escala humana.

De la jerarquía ideológica de los sujetos a la anulación del sujeto por su antropofagia autoritaria

El análisis sobre el sujeto en la obra de Alejandro Serrano Caldera atraviesa –como una orientación transversal que articula- su filosofar sobre la democracia. El debate del que participa el filósofo de Masaya sobre la capacidad humana de erigirse como un ente

para la transformación –de la realidad y de sí– en el marco de la democracia se ubica en un contrapunteo mayor que da cuentas de las polémicas contemporáneas sobre el sujeto. Ello sin descuidar que este siempre se encuentra y es resultado de un sistema de referencias que remiten a relaciones sociales donde acontece el orden establecido. Es decir, la condición de sujeto no constituye una dimensión abstracta apartada del mundo histórico inmediato, sino una realidad concreta, viva, que alcanza naturaleza política en el proceso y acto de ser. Más aún, la cualidad de sujeto se fragua como autoconciencia frente a la contradicción que obstaculiza o no le permite ser, ante el conflicto que naturaliza su cosificación y disolución. De este modo, su concepción sobre el sujeto va modelándose y adquiriendo forma propia en la crítica y tensión con otras perspectivas en cierta medida hegemónicas.

Entre los posicionamientos que enjuicia, y de las que aparta su orientación teórica y práctica Alejandro Serrano, se encuentra la apuntalada por la teoría crítica –marxista- de Herbert Marcuse. El autor de *El Hombre unidimensional* (1968) señala la evidencia de que, en lo que llama las sociedades industriales avanzadas, el nivel de integración social de las clases trabajadoras al sistema productivo y a la ecología resultante es tan elevado, que en su mayoría *no tienen la necesidad vital de hacer la revolución, no la desean y, de forma bastante comprensible, ya que no desean arriesgar lo que tienen a cambio de un sistema social completamente diferente* (MARCUSE, 1969a, p. 326). Aunque acertada circunstancialmente esta tesis, sin que ello signifique la superación de la explotación y de mecanismos más sutiles y finos que generan alienación en ese contexto, que el mismo autor describe, la polémica aparece con la derivación-alternativa que presume encontrar.

Marcuse identifica a los movimientos estudiantiles como el nuevo sujeto potencial que en ese contexto detenta las condiciones sociales y capacidades intelectuales necesarias para el cambio radical del sistema capitalista. Este giro aparece a raíz de la agudización de las contradicciones sistémicas y estructurales, y como consecuencia del acomodamiento progresivo de grandes sectores de asalariados que se asumen simbólicamente y materialmente como clase media, lo cual amplifica y acelera el itinerario regresivo de su carácter presumiblemente revolucionario y contestatario. La sustitución despliega la lógica de la racionalidad noroccidental hegemónica, de la racionalidad instrumental (ANDERSON, 2021, p. 7) que implica obligatoriamente no sólo una re-jerarquización o rearticulación de los actores del campo político, sino la desestimación del otro que reaparece bajo la forma de un otro-excluido-prescindible.

A juicio de este filósofo alemán:

Lo que el movimiento estudiantil hoy representa no es siquiera una vanguardia detrás de la que marchan las masas revolucionarias, sino una minoría dirigente, una minoría militante que articula lo que todavía está inarticulado y reprimido entre la vasta mayoría de la población. Y en este sentido de un movimiento intelectual, y no sólo de una vanguardia intelectual, el movimiento estudiantil es algo más que un movimiento aislado; es, más bien, una fuerza social capaz quizás (y yo espero que así sea) de articular y

desarrollar las necesidades y aspiraciones de las masas explotadas en los países capitalistas. (MARCUSE, 1969b, p. 20).

Aunque el movimiento estudiantil, tanto en los países desarrollados noroccidentales como en América Latina, demostró en el siglo XX –incluso en el XXI– la posibilidad de erigirse como un segmento sofocador que cataliza las luchas reivindicativas en las calles, el carácter transitorio, efímero e irrevocable de la condición estudiantil constituye sus alternativas como ausencia de proyecto en un constante menguar que alcanza una y otra vez su extinción cuando se han superado los años juveniles de cada generación; tal y como lo ha demostrado su propia historia en todas las latitudes. Si bien es imprescindible adherir este movimiento de la realidad –en bloques históricos contestatarios simultáneos y articulados entre sí–, utilizar el fuero juvenil en beneficio de los que, más inmóviles por la profunda cosificación se despliegan desde una ralentización sociometabólica permanente, la exageración de sus capacidades ideológicas, intelectuales y revolucionarias resulta desacertado.

La crítica a Marcuse no se hizo esperar. Ello condujo a un retroceso en su perspectiva que lo obliga casi abjurar públicamente de la lucha estudiantil. Ajuicio suyo, y en sus propias palabras, *“no pienso que los estudiantes por sí mismos constituyan una fuerza revolucionaria. Nunca he sostenido que actualmente los movimientos de estudiantes estén remplazando a la clase obrera como fuerza revolucionaria, semejante afirmación, por supuesto, es un sin sentido* (MARCUSE, 1969b, p. 20). Pero en la polémica, lejos de resolver la cuestión o reproducir un sin sentido, abre un camino de profunda inconsistencia.

Pues presentar la situación de confort de una clase obrera circunstancialmente inhabilitada como sujeto, y luego asumir que el actor identificado como tal no alcanza las dimensiones de totalidad y de materialidad histórica que exige el movimiento de la vida cotidiana para hilvanar los tejidos sociales mínimos necesarios orientados a trascender al capital, implica un riesgo inconmensurablemente mayor. El fondo del asunto gravita, más allá de cualquier apariencia, sobre la imposibilidad radical del sujeto para ser. Ahora bien, y esto es imprescindible precisarlo, tanto la defensa por Marcuse de una u otra opción, incluso de la tercera siendo aún la negación de las primeras, su pertinencia o no, sus alcances y limitaciones, son necesariamente alcances y limitaciones exclusivos del contexto específico europeo o estadounidense. No obstante, aunque el itinerario adecuado es la incorporación del otro con sus alcances y límites, para formar una totalidad de otros, en su constitución aislada el movimiento estudiantil sucumbe, sin excepción alguna, ante la fuerza desbordante y autoritaria del Estado o a través de la avalancha indetenible, también de signo violento, del mercado.

Frente a este devaneo, que se erige como universal por ser un pensamiento situado en una realidad metropolitana históricamente dominante, responde Alejandro Serrano Caldera. La radicalidad de su disenso, sin embargo, no se ubica en el hecho de optar por las alternativas expuestas, sino por su negativa al rechazo definitivo de alguno de los actores en juego para el beneficio y la exaltación de otros.

Discrepo, en cambio, -según plantea- de muchas otras tesis marcusianas no recogidas aquí, particularmente de aquellas que tienden a establecer, en forma explícita o implícita, una importancia desproporcionada de ciertos grupos (estudiantiles, intelectuales, minorías sociales, etc.) en el desarrollo de las contradicciones, en detrimento del papel histórico de la clase obrera. (SERRANO, 2009c, p. 49).

Desde la lógica desplegada, puede asumirse que la exaltación desmedida de uno de los actores, asumiéndolo como sujeto exclusivo por causas económicas, ideopolíticas o coyunturales, supone el silenciamiento o la reducción relativa del resto de los sectores sociales, como ha sido toda la teoría política preponderante de izquierda o presumiblemente revolucionaria. Esta forma del pensamiento hegemónico reproduce la exclusión, contribuye con la marginación sin importar el signo o la matriz ideológica en la que se apoye. La imposición ideológica de un sector específico, produce prácticas antropofágicas hacia el resto del plexo social, con disposiciones potenciales para constituir un plexo interrelacionado de sujetos plurales.

El reconocimiento formal de un sujeto en su multiplicidad real constitutiva, en sus límites y potencialidades, no significa necesariamente la eliminación o reducción del resto de los actores que forman parte del campo político. La definición de una jerarquía rígida, obligatoria y verticalista en torno al encargo histórico de un sujeto, frente a otros, ha implicado la reproducción de formas de ejercicio de poder y de gobierno, jerárquicas, autoritarias, segmentadoras y sancionadoras de la diversidad. El establecimiento de una jerarquía unidireccional, obligatoria y excluyente, constituye la transferencia de la lógica de dirección del proceso de producción capitalista a una estructura ideológica que se le opone pero que lo ha asimilado, es decir, que su despliegue forma parte de la misma subjetividad organizada en la lógica directiva que rige desde el autoritarismo y la discriminación.

Esta tendencia, propia del pensamiento europeo-occidental, se encadena de tal modo a la dominación misma que contribuye con la fragmentación del sujeto, más aún, con la formalización de estancos diferenciadores que imposibilitan estructuralmente su articulación. Es imprescindible entonces reconocer la potencia última, no desplegada, que guarda y le es inherente a cada sujeto que conforma la realidad cotidiana. Del mismo modo, se ha de aprovechar, como pivote para la articulación, la multiplicidad de referencias y de códigos contestatarios que acontecen no siempre deliberados en un mismo sujeto, movidos por la contingencia de circunstancias específicas.

La identificación de un sujeto –para la democracia, la revolución, la historia, la política, el desarrollo o la vida misma- exige necesariamente de un proceso previo de reconocimiento del hecho irrefutable de que la condición humana es irreductible a un encargo emergente o a la especialización de funciones que la materializan en algunos de los campos exclusivos donde potencialmente se realiza y puede encontrar su plenitud.

No existe un sujeto *a priori*. Sin excepción alguna, el sujeto *a priori* es realidad vacía, causa absoluta que deviene trascendente y sobreimpuesta, violenta y agresiva. Más no ha

de confundirse su potencialidad de sujeto, -pues el ser humano es en esencia la potencia de un sujeto que se hace en lo humano, que se constituye en su propia historia y cultura,- con la supuesta naturaleza de un *a priori* que lo adhiere, identifique y sacrifique por condiciones coyunturales de un campo de la realidad en un universal abstracto incuestionable. Su esencia, en tanto núcleo que puede y tiende a hacerse sujeto, pero este hacerse implica que su condición humana es sólo punto de partida para ello y no condición exclusiva e inevitable para este fin, “no reside en cada individuo como forma o sustancia, ni en algo que le clasifique desde el exterior, sino que existe entre los individuos, en la diversidad de sus interacciones (PÉREZ, 2017, p. 58). Diversidad de interacciones que se constituye definitivamente como alteridad identitaria estructural que da forma y sentido en términos de necesidad, y no como apariencia sacrificable, a la realidad última, sensible.

En este entramado, la materialidad última del ser humano se ubica en el nexo que existe entre su condición humana común y universal con la diversidad contingente e irruptora que lo identifica en todos sus itinerarios y latitudes. *El problema fundamental será definir una ontología que suponga el pluralismo irreductible de la práctica social, conjurando la inversión de los relatos emancipatorios del siglo XX* (PÉREZ, 2021, p. 9). Esa pluralidad reconocida y organizada, que Alejandro Serrano asume como espacio constituyente del sujeto, o como un sujeto que en su reproducción crea un espacio diferenciado, también múltiple en tanto sociedad civil viva y orgánica, se encuentra avocada, resuelta y constituida, frente a la realidad política. Es justamente allí, en el ejercicio cotidiano por medio del cual los actores de la sociedad civil logran constituir, incidir y controlar los espacios públicos, el proceso que permite y posibilita un itinerario de participación y de encuentro múltiple entre la diversidad de actores en sus expresiones política, social, económica, cultural-identitaria, etc.

[...] la sociedad civil, por medio del ejercicio de su función social, debe devenir una entidad de clara participación política, lo que exige de previo entender la política, más que como el arte para alcanzar y conservar el poder, como el arte del bien común. En este sentido la política será función no sólo de los partidos políticos, sino de la sociedad, constituida por las distintas formas de organización y asociación de los ciudadanos, incluyendo, por supuesto, la organización en partidos políticos, que es parte de la misma sociedad civil. Me refiero a los gremios y distintas formas de organización y asociación: profesionales, empresariales, obreras, intelectuales, jóvenes, mujeres, etc. De esta manera la sociedad civil devendrá un cuerpo participativo que, con su acción organizada, ayudará a resolver los múltiples problemas que afectan a la vida de un país, ejerciendo así una auténtica función política y moral que por derecho y por deber le corresponde. (SERRANO, 2009a, p. 236).

La sociedad civil no deviene entonces en una abstracción otra, vacía, susceptible a la manipulación de liderazgos políticos emergentes y tradicionales. Concebida como un espacio-sujeto para la configuración y materialización de la diversidad substantiva de

sujetos, la sociedad civil es expresión de cada comunidad real en donde tienen lugar, se forman y pueden trascenderse, las múltiples racionalidades y sus mapas sociometabólicos de acciones, dinámicas e instituciones formales o espontáneas. Esta perspectiva concibe la sociedad civil como potencia política por excelencia, es decir, como fundamento vertebrador, continente y contenido mismo de lo político y sus límites posibles, asumido como acción deliberada para resolver conflictos, resolver problemas y fundar lo público.

La gran estructura produce hombres-piezas: captura y aplasta su condición ¿sólo de sujeto?

Del mismo modo, la indagación que se desarrolla en el filosofar del intelectual nicaragüense, responde y se erige frente a otra de las más fuertes tendencias europeas sobre el sujeto. Acorazado en un estructuralismo pujante y tejido por finas costuras positivistas, Louis Althusser pretende exponer o destacar un rostro nuevo –y científicamente más puro– para el marxismo. En estricto, el filósofo de los *Aparatos ideológicos del Estado* (ALTHUSSER, 1998) hace una distinción en el mismo corpus marxista entre todo lo que este aporta y se constituye como ciencia, en tanto científicamente observable y demostrable en la realidad, ante todo aquello que no lo es y entra –a su consideración– en el universo de la ideología.

Para Althusser es fundamental hacer esta diferenciación necesaria entre ciencia e ideología en el seno de la doctrina marxista. Aunque presumiblemente válida, más allá de dos o más formas discursivas, es imprescindible destacar que al menos en su expresión fundacional, el marxismo se revela como una construcción teórica que equilibra ciencia, ideología y filosofía. Podría objetarse, sin embargo, que la evolución de Marx transita de un tratamiento más especulativo e ideológico, sujeto a la influencia directa de Hegel, a otro de tipo positivo, es decir, a un conocimiento científico conforme al rigor de la economía política decimonónica.

No obstante, la unidad, coherencia y equilibrio de ese marxismo se ubica no en que privilegiara en un momento u otro, una temática específica, el uso de determinadas fuentes teóricas en detrimento de otras, o al despliegue del método y de categorías diversas que va reconstituyendo con su análisis. Esto se debe al hecho irrefutable de que existe una conexión indisoluble, esencial, entre sus disquisiciones filosóficas primeras con elevadas abstracciones aún desde la jerga discursiva-racional hegeliana, y la terrenalidad posterior de su crítica y desarrollo desde la economía política. Uno y otro periodo se complementan y articulan de tal modo que podría asumirse su abordaje científico como el sustento de su itinerario ideológico y filosófico. Asimismo, las primeras líneas filosóficas de Marx se revelan como punto de partida y proyecto –por realizar– que encuentra curso y materialización justamente en el análisis de las contradicciones y el desentrañamiento de los mecanismos de explotación capitalista a gran escala. Marx, en 1944, como sostiene Sánchez Vázquez, después de haber *sometido a crítica la filosofía política de Hegel, sigue siendo fundamentalmente un filósofo que busca afanosamente poner pie en la realidad, y para ello alía la filosofía primero con el proletariado e inmediatamente después con la economía.* (SÁNCHEZ, 1980, p.18)

Sin embargo, y aunque en ese marxismo originario pueden identificarse y deslindarse las formas discursivas, siendo su complementación e hibridación posiblemente su singularidad fundamental, la propuesta de Althusser cobra sentido –y sólo puede ser relativamente justificable- como respuesta a la profunda distorsión del marxismo en su versión de ideología, ciencia y filosofía de Estado. La mayor y más perjudicial deformación que conoce el marxismo en toda su historia se ubica en la creación estalinista del marxismo-leninismo.

Esta versión del marxismo, que se erigía como ideología oficial bajo el ropaje de una doctrina revolucionaria, llevó la razón de Estado hasta el paroxismo de constituir toda la vida social atravesada y rígidamente controlada por un proceso de sublimación estructural del tejido político-estatal. Desbordada hacia todas las direcciones hizo del marxismo, en versión marxismo-leninismo, una ideología conservadora, rígida y estéril que descalificaba cualquier razón o expresión humana que no se alineara con sus directrices y cánones, incluso estéticas. Esto desarticuló el sensible equilibrio entre ciencia, ideología y filosofía del marxismo originario a tal punto, que el desafuero ideológico anuló casi por completo el ejercicio de la crítica, la argumentación filosa y toda posibilidad de superación del propio sistema, elementos inherentes al método dialéctico marxista que sostenía su discurso científico.

El marxismo de Stalin, expuesto como ideología de Estado que resguardaba la verdad absoluta, dejó de ser marxista y de ser leninista en la medida en que la esfera ideológica suplantó el carácter dialéctico y científico-crítico de la propuesta del marxismo fundacional. Es ante esta deformación insuperable, pues la ideología de Estado como razón total inexpugnable llevó a su propia asfixia la sociedad y el proyecto socialista europeo, que reacciona Althusser enfocando como uno de sus principales blancos la categoría de sujeto. En este sentido,

el hombre-sujeto como fundamento teórico es, para Althusser, un mito construido por la ideología burguesa, cuya función es ocultar las leyes que gobiernan la vida de los individuos, las relaciones que los atrapan –relaciones de dominación– así como la división de la sociedad en clases. Frente a esta pretensión, Althusser es taxativo: no hay sujeto sino procesos. (MANINI, 2015, p. 5).

Además de la propia deformación del marxismo estatal-hegemónico del siglo XX, Althusser asume la categoría de sujeto como propia de toda la filosofía liberal-burguesa precedente y posterior al marxismo fundacional. Ciertamente, toda la filosofía moderna, y parte fundamental de la contemporánea, opera con la categoría sujeto. Incluso podría afirmarse que esta representa una de las categorías vertebradoras de toda la filosofía noroccidental del siglo XXI al XX. De ahí sitúa como contenido específico de esta categoría un fundamento esencialmente ideológico, no científico, de la que el marxismo debía despojarse necesariamente. A juicio suyo, *el sujeto no desempeña el papel que cree sino el que le es asignado por el mecanismo del proceso* (ALTHUSSER, 1994, p.33). En consecuencia, el sujeto no tiene sustento propio en la realidad, con capacidad para responder a su mundo,

más allá del que le es conferido por procesos políticos, económicos, culturales, artísticos, etc., que lo constituyen y configuran como un resultado pasivo, susceptible y dependiente de amplificaciones ideológicas.

A este otro extremo que, lo lleva incluso a cuestionar esta categoría en los usos que le dan Engels y Marx, y en consecuencia, lejos de rescatar al marxismo introduce otra fractura que no es subsanada en la misma propuesta teórica althusseriana, responde Alejandro Serrano Caldera.

Estoy de acuerdo en considerar la historia como proceso, pero estoy en desacuerdo de que se le considere como proceso sin sujeto, pues ¿en virtud de qué se da este proceso que denominamos historia?, ¿qué puede motivar la historia si se suprime la acción y pasión del hombre?, ¿cómo puede desarrollarse el proceso de la historia sin la participación activa de las clases sociales? ¿Qué fuerzas, entonces, mueven la historia? El mundo social está formado por individuos, clases sociales, organizaciones sociales, económicas y jurídicas, ideologías, creencias y cultura en general. Si prescindimos del sujeto debemos hacer abstracción del individuo y las clases sociales, lo mismo que de su cultura, creencias e ideologías. Quedarían sólo las estructuras económicas e institucionales, pero aun de ellas debemos prescindir, pues al no hacerlo devendrían sujeto como en el estructuralismo, lo cual nos colocaría en otro plan y no en el de la formulación althusseriana del proceso sin sujeto. Quedaría entonces una fuerza incógnita moviendo a la historia. (SERRANO, 2009d, p. 66-67).

Resulta inobjetable el hecho de que para Alejandro Serrano Caldera el sentido primero y último de la historia radica justamente en un devenir complejo que se constituye por medio de la acción transformadora, o incluso conservadora, del ser humano. Un proceso que se rige por una multiplicidad de acontecimientos, hechos y estructuras que sólo cobra sentido frente a la potencialidad de un sujeto autorreferencial que hace la historia, en tanto conocimiento y significados de la progresión temporal y espacial de las cosas. Suponer que las estructuras determinan la existencia y definen los cursos al margen de lo humano, desde una especie de autoconciencia supra-racional, implica, como señala, dejar el movimiento de la realidad en manos de fuerzas oscuras, extrañas, de incógnitas hasta ahora inexplicables. Más aún, Alejandro Serrano advierte que tal asunción no provocaría otra cosa que una deshumanización radical, pues eliminaría la capacidad activa de la condición humana para producirse así misma.

Ahora bien, es imprescindible reconocer que el ser humano no encuentra su propia esencia enclaustrado en sí, sino frente a la necesidad de superación de circunstancias y procesos, que siempre se expresan bajo formas y dinámicas opresivas o de límites civilizatorios o existenciales. El hacerse sujeto supone la posibilidad de erigirse ante el mundo y ante sí mismo, romper la adherencia a esas formas y dinámicas que le van constituyendo como un sujeto-para-superar-algo. Esta perspectiva, que define esa

identidad ante un proceso que sitúa materialmente al ser humano como un resultado de algo, se inscribe justamente en una visión liberal y determinista del mundo. Pues como la opresión nunca existe en un solo sentido, es conveniente fracturar la realidad en campos, en estancos inconexos para dar la imagen de que el ser humano puede liberarse definitivamente si es capaz de superar aquello inmediato y fenoménico que lo oprime completamente al margen de los otros procesos de opresión-liberación que existen y que fijan su existencia.

Lo paradójico resulta en el hecho de que la paralización y luego anulación del sujeto en Althusser se inscribe para enfrentar, por un lado, la distorsión devenida supra-categorías ideologizadas del marxismo soviético, y por otro, por constituirse o derivarse en una abstracciones de tipo liberal-burguesa. Frente a estas ideologías, la alternativa del filósofo francés es justamente ideológica, pues no logra superar justamente la forma ideológica de la racionalidad discursiva que aparentemente enfrenta. De ahí que la crítica de Alejandro Serrano Caldera se orienta en lo fundamental no a la cuestión ideológica, sino a la lógica material de la existencia, contrastable en la propia historia humana. Lo constatable de ser en el mundo, que se despliega en formas específicas para sobrevivir y establecerse también como un ser diferenciado, es su punto de partida.

Es en su proceso de humanización, que aparece aparentemente como una reproducción automática, irreflexiva, cotidiana y sin enjuiciamiento crítico, donde el ser humano se hace. Pero en términos ontológicos el ser humano como potencia precede al proceso, se hace frente a este y su propio hacerse implica contener –tragarse- el proceso mismo y no a la inversa. Es decir, no es el proceso el que contiene al ser humano, este en su materialidad existencial primera crea un conjunto de relaciones que permite fundar organizaciones, instituciones que a la vez constituyen el fundamento de cualquier proceso.

La aniquilación del sujeto es, en esencia, la forma substantiva de aniquilar la totalidad de formas y de opciones que permiten trascender la violencia que mutila lo humano por todas partes. Suprimir su carácter activo, susceptible y transformador significa llevarlo a una pasividad identitaria que lo disuelve como un ser no diferenciado. Para ello el curso de Althusser se orienta hacia la sublimación del proceso, de la institución, del movimiento como una categoría suprahumana que determina directa, vertical e inflexiblemente los itinerarios de la existencia. Se trata justamente de una visión que enmascara o deja en una opacidad activa, sin ser su voluntad deliberada, el carácter carcelario de la institucionalidad contemporánea.

Todo proceso, organización, ideología, institución o movimiento que se erija sobre el ser humano, por encima de la dignidad de su condición irreductible y paute arbitrariamente los ritmos de su existencia, deviene opresiva, radicalmente aniquilador de su ser potencial. Sin embargo, la explicación-alternativa althusseriana da cuentas por un lado de la magnitud del poder a que han llegado las estructuras sociales, que camufladas en fetiches como la protección, el orden, el bienestar, la riqueza, el partido, el progreso, la democracia, el desarrollo o los derechos y garantías inalienables, encierran y aprisionan en jaulas tecnocráticas sus infinitas posibilidades de libertad y plenitud.

Por otro lado, y hacia la dirección propia de lo humano, deja ver la realidad profunda de atomización y de disolución de potencialidades cosificadas que imposibilitan ser más allá de la condición de apéndice, de la determinación directa de los procesos constituyentes de la realidad. Más que un diagnóstico definitivo de la esencia última de la vida social o de un pronóstico sobre la condición que podía alcanzar el sujeto, Althusser puede asumirse como un lamento agónico de la civilización occidental, como un grito de auxilio del mismo *sujeto reprimido* (HINKELAMMERT, 2006), que no se encuentra y que siente hundirse en las fauces de poderes ocultos omnímodos, innombrables e inconmensurables que hacen del individuo justamente una contingencia prescindible y desechable como cuestiona Alejandro Serrano Caldera.

Se trata entonces de una civilización en la que, asumida como un medioevo tecnológico, el ser humano siente que ha perdido su referencialidad substantiva y solo se reconoce a trasluz de cosas y procesos que han arrancado de sí la reproducción social de sentidos dignificadores de su condición no mutilada. Como respuesta, para Alejandro Serrano Caldera no existe posibilidad de proceso histórico sin sujeto, sin la presencia y acción deliberada de seres humanos que den contenido a las instituciones, estructuras u organizaciones sociales, religiosas, económicas, científicas y políticas, orientados hacia la propia realización de lo humano por medio de estas instancias. Asumir la ausencia de sujeto en tanto el individuo resulta un producto neto –prefabricado– mecánico y vacío, resultado de procesos suprahumanos significa, cuando menos, una obstaculización a su propio ser o la cancelación radical a la búsqueda de formas alternativas que emancipen su situación colonizada y cosificada por las estructuras del capital (HEIN, 2024, p. 4) y del resto de las expresiones opresivas históricas y emergentes que existen o han existido como alternativa al capitalismo.

A juicio de Alejandro Serrano:

[...] el proceso de construcción de la historia es el proceso de construcción del ser humano. Éste se crea al crearla. Pero lo creado históricamente y que se mantiene como sedimento de la acción del hombre, como precipitado de las vidas humanas que han discurrido por el tiempo, es la cultura hecha, el conjunto de relaciones y de instituciones dentro de las cuales, en tensión vital y en relación dialéctica habrá de realizarse. Pero este realizarse que crea nuevas condiciones que modifican las ya existentes y producen una nueva cultura, se lleva a cabo desde la historia, entendida no solamente como punto de partida de toda vida, como plataforma desde la cual parte un nuevo ser, sino como elemento esencial implicado en la vida, aún en los casos en que el sujeto reacciona, lucha y transforma ese medio histórico externo. (SERRANO, 2008a, p. 18).

En la historia lo humano se hace y adquiere sentido de su propia existencia. Es entonces imposible separar, fracturar y deslindar el ser humano del proceso histórico. Asimismo, desde la producción filosófica de Serrano Caldera deviene irracional la alusión

a un proceso histórico, a la historia, entendida como devenir o como pasado activo, sin la materialidad constitutiva de lo humano que se torna continente y contenido de la historia misma. *La más estricta reflexión ontológica sobre sujetos –arguye– que podrían ser considerados metahistóricos, la reflexión sobre el ser, el ente o los valores, en cuanto acción de la inteligencia y a conciencia, se encarnan en la historia* (SERRANO, 2008b, p.8). La unidad dialéctica es tal que si bien pueden identificarse uno y otro, sus límites siempre resultan, más que imprecisos, inexistentes. La historia no es otra cosa que lo humano en el devenir de la totalidad de sus prácticas, sentidos y estructuras que lo perfilan y fijan; el permanente acontecer que se aleja y aproxima en el despliegue existencial del ser por hacerse sujeto.

Ahora bien, aunque en Althusser el lugar del sujeto, que es determinado, canibalizado y vaciado por procesos, constituye una limitación que destaca y rechaza Alejandro Serrano, la lógica del filósofo francés conecta y engrana con otra tradición hegemónica de estudios políticos en el siglo XX. Resuelto entre los bastidores de la Economía y la Ciencia Política norteamericana contemporánea, Joseph Schumpeter introduce una perspectiva en el análisis sobre la democracia que aparece como un parte aguas en la historia de la teoría política moderna y contemporánea. El intelectual austriaco parte de las limitaciones de la democracia liberal, sostenida en lo fundamental por la filosofía política decimonónica, para ofrecer un enfoque empírico del proceso, fuertemente legitimador de las prácticas e instituciones democráticas realmente existentes.

Su realismo lo lleva a considerar la democracia, más que una forma de gobierno o un ideal, como un método político, un procedimiento, para viabilizar la formación de los gobiernos. La vía esencial para materializar el ejercicio democrático, desde su enfoque, se centra en la competencia electoral.

El método nuevo *es la lucha electoral*, y a ello se le llama democracia. En la percepción de Schumpeter, el *δημος* (*Demos*) tiene muy poco que ver con esta lucha por formar gobierno. Es un actor más bien pasivo, guiado por instintos gregarios, sin una clara identidad, que reacciona a los estímulos de la propaganda política. Schumpeter descubre, debajo de la palabrería democrática, un régimen oligárquico electoral, donde la participación ciudadana se cristaliza en el acto de votar. (VIDAL, 2010, p. 180).

La democracia en los términos schumpeterianos se reduce, en estricto sentido, al voto, el cual deviene como un gran fetiche que agota los contenidos y límites democráticos. El procedimiento del voto se conforma como un arma y vía de lucha política sujeta a reglas entre los grupos diferentes con potencialidades y alcances disímiles en torno al control y los usos del poder. El economista austriaco siente profunda desconfianza por la ciudadanía, que es en sus consideraciones irreflexiva, susceptible a manipulación, irracional ante las decisiones políticas, poco informada y dispuesta a seguir la autoridad desbordada de los líderes carismáticos. Schumpeter denota el hecho de que, asumida como un método político circunstancialmente circunscripto, caben en el proceso democrático tanto las oligarquías económicas y políticas que se orientan hacia la competencia electoral, como

la posibilidad de excluir o prescindir de sectores ciudadanos que son concebidos como pasivos, y en consecuencia, técnicamente innecesarios.

El alcance de la trascendencia de este enfoque es tal que en la contemporaneidad no se logra superar del todo. Incluso, una cantidad significativa de enfoques y de intelectuales de diferentes signos ideológicos y con perspectivas científicas relativamente distantes, aún cuando trascienden o enriquecen la concepción de Schumpeter, por lo general la incorporan y reproducen en sus producciones teóricas. En este sentido, en *El futuro de la democracia*, Norberto Bobbio señala que:

Hago la advertencia de que la única manera de entenderse cuando se habla de democracia, en cuanto contrapuesta a todas las formas de gobierno autocrático, es considerarla caracterizada por un conjunto de reglas (primarias o fundamentales) que establecen quien está autorizado para tomar las decisiones colectivas y bajo qué procedimientos. (BOBBIO, 1986, p. 14).

Asumirla como un acto jurídico-formal, dándose u obstaculizándose la posibilidad de no ser una realidad de fondo, substantiva, supone una unidad fundamental, de base, con la perspectiva schumpeteriana. La reproducción de lo formal, sedimentada en los límites de lo jurídico, en tanto reglamento, como condición casi exclusiva para lo democrático, implica por un lado la producción de un idealismo normativista que ubica en la ley, en las reglas, el principio y fin mismo de la democracia y del resto de los procesos políticos. Aunque las reglas son imprescindibles, y ningún gobierno de calidad es ajeno a buenas y aceptadas leyes, las normas jurídicas siempre constituyen punto de partida y referente guía para orientar y delimitar las acciones políticas democráticas, mas no el contenido mismo y el fin último de la democracia.

Por otro lado, la norma también detenta la posibilidad de reproducir el autoritarismo, el verticalismo, el secretismo y el amplio espectro de prácticas e instituciones autocráticas sublimadas por una discursividad política aparentemente democrática –de elecciones y paramentos organizativos-institucionales- que funda la realidad mientras esconde, sostiene y reproduce sus pautas esencialmente antidemocráticas. La ley puede devenir fuente de cosificación ciudadana, límite opresivo para el ser humano, puede también llegar a producir desobediencia, desgobierno, anarquía y terror.

En consecuencia, fijar esta forma de organizar y distribuir el poder político solo como un procedimiento jurídico, sin más implicaciones asociadas al control y la regulación ciudadana la rendición de cuenta, la definición de políticas a partir de la inteligencia colectiva expresa la pobreza de sentidos y la escasez de alternativas, propiamente democráticas y al margen de los ideales en los que se funda y reconstituye este proceso político a lo largo de su evolución histórica. No obstante, el procedimentalismo democrático es beneficioso y congruente con la lógica de reproducción del capital y su manto de apariencias puramente democráticas, a contrapelo de las necesidades humanas radicalmente insatisfechas y marginadas.

A la desaparición aparente del sujeto por la absorción histórica y sociológica de procesos presumiblemente autoconscientes, se adhiere la reducción del proceso democrático a método político, dispositivo técnico, o procedimiento legal y factualmente constituido. Al constituirse la democracia un proceso global que alcanza y articula la sociedad, incluso más allá de lo político, el resultado deviene en una cosificación a gran escala que adquiere sentido de totalidad.

El vaciamiento y la descalificación práctica del ciudadano promedio se instituyen como tendencias históricas de la civilización noroccidental. Estas se articulan desde las estructuras policéntricas de poder enrumbadas hacia la aniquilación y el empobrecimiento sistemático del ser humano bajo la apariencia de mayores libertades y la elevación sistemática del confort individual de las clases medias fundamentalmente en los centros capitalistas. Siempre en contraste con realidades periféricas, subalternas, que pagando el bienestar público de los centros se despliegan en estados de vigilancia, pobreza y atropello institucionalizado definido por la sobrecarga del gigantismo estatalizante y el desamparo social y público hacia sectores cada vez más grandes y visibles.

De ahí que la concepción de Alejandro Serrano Caldera sobre la democracia aparece como una tensión que parte de la crítica a las formas teóricas e ideológicas hegemónicas y trasciende la estructura –en no pocos casos cómoda- propiamente teórica y retorna al ser humano en su materialidad histórica, práctica y corporal. Pues a juicio suyo,

[...] las elecciones, también nos dejan un ejercicio democrático que va consolidándose poco a poco a medida en que se repite de manera normal, pues la democracia es sobre todo un hábito, un buen hábito, una costumbre, una buena costumbre, una cultura que se realiza en tanto se practica y se transforma en una ética y en un valor de la sociedad. (SERRANO, 2008c, p. 440).

Una de las particularidades de esta perspectiva se ubica en que no despliega un enjuiciamiento descalificador hacia el otro –que rechaza *a priori* y completamente-, en tanto otros referentes y constructos de democracia que incluso gozan de legitimidad sedimentada. La referencia al hábito como un sentido humanizador implica, necesariamente, una observancia de la democracia como un tipo de relación social, más aún, como una orientación de recursos, sentidos, valores, prácticas, relaciones, formas de hacer, de pensar y de omitir, por las que deben enrumbarse en su totalidad la ciudadanía y las instituciones en las dinámicas que fundan lo público, es decir, a la comunidad misma.

En consecuencia, no reduce el ejercicio de la democracia a un asunto estatal o a un mecanismo electoral para acceder a las prerrogativas circunstanciales de la agenda gubernamental del momento. Sin negar el uso electoral, este itinerario teórico propone una inversión necesaria que substraer al tejido institucional las prerrogativas discrecionales que fijan en las estructuras formalizadas casi todo el poder político organizado en la totalidad de las sociedades actuales

La democracia es más que un proceso electoral, pues, pese a que la forma inmediata del ejercicio democrático es la realización de elecciones cada cierto

tiempo, el concepto, en su consideración más integral, es múltiple y encierra la democracia representativa, la democracia participativa, y agregaría, la democracia en las relaciones internacionales. Hay diferentes modalidades de la democracia –que se asume como sentidos que conforman una totalidad democrática- que en conjunto expresan la plenitud de su contenido. La democracia económica, que es el acceso a los bienes materiales y a la justa distribución del ingreso; la democracia axiológica, la cual nos está indicando que más que un sistema político es un sistema de valores; la democracia en las relaciones internacionales, marginada o reducida por una injusta distribución de la riqueza, por un injusto orden económico internacional, por una injusta distribución técnica del trabajo. (SERRANO, 2008d, p. 445).

Ahora bien, cada arista, modalidad o dimensión de la democracia define un itinerario de constitución, o de vaciamiento, de un mismo sujeto que deviene complejo, diverso y universal ante la multiplicidad de espacios en los que adquiere sentido y posibilidad la democratización efectiva de lo público. La democracia así no es un resultado, un producto de la agencia estatal o normativa exclusivamente, encargada de anclar las pobres, estancadas y erosionadas formas e instituciones democráticas que rigen el universo de la política en el nuevo milenio. No es entendida como una cosa que se derrama de arriba hacia abajo, -del Estado a la sociedad civil- definida por consensos de grupos de poder, ante los cuales a la ciudadanía no le queda más que aceptar los lineamientos también verticales y autoritarios disfrazados de un conjunto de opciones aparentemente distintas.

La propia relación causal entre democracia y sujeto, evidencia que la primera, en tanto proceso que fija y humaniza lo humano, ha de emerger desde las prácticas cotidianas de los individuos, justamente donde se materializa su vida. Como vía para suturar las fracturas que en el espacio de la comunidad los usos y ejercicios democráticos tradicionales reproducen como acontecimientos naturales adheribles también a cualquier forma –incluso antidemocrática- de manejar la cosa pública y de gestionar el poder político. Por ello, Alejandro Serrano asume de igual modo a la democracia como un tejido ético que se conforma en la acción individual y colectiva de la sociedad civil y el Estado.

Este tejido alcanza su expresión histórica más exacta y definitiva en la materialidad irreductible encarnada como valor en el ser humano. Entonces, de práctica cotidiana se erige como una ética para delimitar, constituir, regular y conducir el poder político. Lo anterior magnifica también las estructuras de poder desde su organización, transitando por medio de los múltiples procesos de socialización y endoculturación que lo sedimentan bajo la forma de valor social. Más allá de cualquier definición de la democracia, Alejandro Serrano advierte que en todo momento o circunstancia específica de este proceso se trata esencialmente de una herramienta –no solo de tipo política-gubernamental- para el mejoramiento de la vida del ser humano, en tanto prácticas, éticas y valores encuentran en el ser humano vivo su referente y destinatario primero y último.

Conclusiones

La perspectiva del sujeto en Alejandro Serrano Caldera se conforma a partir de la crítica a tendencias filosóficas contemporáneas que pretenden: relativizarlo, introduciendo nuevas jerarquías como en el caso de la ubicación del sector estudiantil como un nuevo sujeto desde la teoría crítica de Marcuse; decretar su desaparición, como consecuencia de la existencia de procesos y estructuras autoconscientes que lo atomizan y reducen a una expresión ideológica como supone el estructuralismo de Althusser. El reconocimiento y estructuración teórica del sujeto, como una agencia de lo real que trasciende la propia materialidad impuesta, implica la crítica radical a la tendencia fundamental del quehacer filosófico contemporáneo, resuelta, desde varias aristas, en negar o hacer desaparecer la materialidad histórica del sujeto.

Para Alejandro Serrano Caldera el sujeto es expresión viva de su realidad histórica. El sujeto es, en consecuencia, la diversidad constituyente que forma y da contenidos múltiples y diversos al conjunto de relaciones sociales de la realidad, materializada como conciencia crítica y práctica subversiva frente a toda relación opresiva, discriminatoria, excluyente y expoliadora. La diversidad constituyente de los sujetos forma la realidad como un sistema de relaciones no aparente, desde una contingencia esencial no irreductible de su condición humana.

Desde la perspectiva del sujeto que elabora Alejandro Serrano Caldera, la diversidad histórica y cultural de la realidad –estructuralmente heterogénea en el caso de América Latina- produce un sujeto abierto a las más variadas influencias y determinaciones. El sujeto abierto constituye la condición existencial y el rasero histórico fundamental de los actores que conforman el campo contestatario. Ante esta condición esencial, se ha de reconstituir el tejido de estructuras democráticas, y políticas en general.

Referencias bibliográficas

- ALTHUSSER, Louis. *Para leer El Capital*. Buenos Aires: Editores Siglo XXI, 1994.
- ALTHUSSER, Louis. *Ideología y aparatos ideológicos del Estado. Freud y Lacan*. Buenos Aires: Nueva Visión, 1998.
- ANDERSON, Renan. Educação: resistência, emancipação e formação crítica. *Opinião Filosófica*, v. 12, p. 1-28, 2021. DOI: <https://orcid.org/0000-0002-9953-0778>
- ARISTÓTELES. *Política*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1976.
- BOBBIO, Norberto. *El futuro de la democracia*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica, 1986.
- DUSSEL, Enrique. *Política de la liberación. Volumen II Arquitectónica*. Caracas: Fundación Editorial El Perro y la Rana, 2011.
- ECHEVERRÍA, Bolívar. *Antología. Crítica de la modernidad capitalista*. La Paz: Vicepresidencia del Estado Plurinacional de Bolivia-OXFAM, 2011.

- FROMM, Erich. *El miedo a la libertad*. Buenos Aires: Editorial Paidós, 1957.
- HEIN, Matheus. O Marxismo e a Atual Crise Ecológica. *Opinião Filosófica*, v. 11, no. 3, p. 1-18, 2020. DOI: <https://doi.org/10.36592/opiniaofilosofica.v11.1003>
- HINKELAMMERT, Franz. *El sujeto y la ley. El retorno del sujeto reprimido*. La Habana: Editorial Caminos, 2006.
- MANINI, Gabriela. Louis Althusser: el sujeto entre comillas. *Astrolabio. Revista internacional de filosofía*, n. 17, p. 1-10, 2015.
- MARCUSE, Herbert. *El hombre unidimensional. Ensayo sobre la ideología de la sociedad industrial avanzada*. La Habana: Instituto del Libro, 1968.
- MARCUSE, Herbert. Sujeto revolucionario y autogobierno. *Praxis: a Philosophical Journal*. no. 5, 1969a. Disponible en: <http://www.youkali.net/2emarcuse.pdf>
- MARCUSE, Herbert. La esfera de la libertad y la esfera de la necesidad: una reconsideración. *Praxis: a Philosophical Journal*. no. 5, 1969b. Disponible en: <http://www.youkali.net/2emarcuse.pdf>
- PÉREZ, Wilbert. *Marx: política y enajenación*. La Habana: Editorial filosofi@.cu, 2017.
- PÉREZ, Oscar. Hegemonía y antagonismo. La teoría discursiva ante los antagonismos realmente existentes, *Opinião Filosófica*, v. 12, p. 1-26, 2021. DOI: <https://doi.org/10.36592/opiniaofilosofica.v12.1036>
- POPOL VUH. *Las antiguas historias del Quiché*. La Habana: Editorial Gente Nueva, 1979.
- RANCIÈRE, Jacques. 11 tesis sobre la política. *Caminos. Revista de Pensamiento Socioteológico*, no. 74-75, octubre/marzo, p. 38-39, 2015.
- RODÓ, José Enrique. *Ariel*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 2015.
- SÁNCHEZ, Adolfo. Economía y Humanismo. Prólogo. En Carlos Marx: *Cuadernos de París (Notas de lectura de 1844)*. México D.F.: Ediciones Era, S. A., 1980.
- SERRANO, Alejandro. Historicidad, regionalidad y universalidad de la filosofía. En: SERRANO, Alejandro. *Obras. Escritos filosóficos y políticos I*. T.I. Managua: Editorial HISPAMER-CNU, 2008a.
- SERRANO, Alejandro. Historicidad y sentido de la filosofía. En: SERRANO, Alejandro. *Obras. Escritos filosóficos y políticos I*. T.I. Managua: Editorial HISPAMER-CNU, 2008b.
- SERRANO, Alejandro. El poder y la conciencia de los límites. En: SERRANO, Alejandro. *Obras. Escritos filosóficos y políticos I*. T.I. Managua: Editorial HISPAMER-CNU, 2008c.
- SERRANO, Alejandro. La ética como fundamento de los Derechos Humanos. En: SERRANO, Alejandro. *Obras. Escritos filosóficos y políticos I*. Managua: Editorial HISPAMER-CNU, 2008d.
- SERRANO, Alejandro. Gobierno, partidos políticos y sociedad civil. En: SERRANO,

- Alejandro. *Obras. Escritos filosóficos y políticos II. Escritos sobre la universidad*. T. II. Managua: Editorial HISPAMER-CNU, 2009a.
- SERRANO, Alejandro. La lucha por la democracia. En: SERRANO, Alejandro. *Obras. Escritos filosóficos y políticos II. Escritos sobre la universidad*. T. II. Managua: Editorial HISPAMER-CNU, 2009b.
- SERRANO, Alejandro. Filosofía y teoría dialéctica de la sociedad. En: SERRANO, Alejandro. *Obras. Escritos filosóficos y políticos II. Escritos sobre la universidad*. T. II. Managua: Editorial HISPAMER-CNU, 2009c.
- SERRANO, Alejandro. La ciencia de la historia. En: SERRANO, Alejandro. *Obras. Escritos filosóficos y políticos II. Escritos sobre la universidad*. Managua: Editorial HISPAMER-CNU, 2009d.
- VIDAL, Godofredo. Teoría democrática. Joseph Schumpeter y la síntesis moderna. *Revista Argumentos*, vol. 23, no. 62, enero-abril, 2010. Disponible en: <https://www.redalyc.org/pdf/595/59515960008.pdf>